

## LA MORAL ANTE TODO<sup>95</sup>

Se ha dicho mucho, pero hay que repetirlo; la revolución mexicana no se hizo sólo, en lo político, para obtener el libre sufragio y la efectividad de los derechos ciudadanos; se hizo también y, sobre todo, para conseguir e implantar la moralidad administrativa, sin la cual todas las demás conquistas y aspiraciones se vuelven ilusorias.

Este noble anhelo hacia la depuración de nuestra vida pública, es algo esencial dentro del contenido ideológico y espiritual de la Revolución. Constituye su aspecto más íntimo, su significación más honda.

Sin moral todo lo demás se esteriliza y se desploma.

¿De qué sirven los más bellos planes financieros, los más brillantes programas de mejoramiento económico, las más seductoras ofertas de progreso y de recuperación, si no se dispone del personal moralmente idóneo para llevarlos a buen término, si faltan los ejecutores, la rectitud y la honestidad, la consagración al bien público y la pureza de propósitos?

Esto que con diáfana lucidez percibieron los hombres que en 1910 y en 1914 aspiraban a construir un México mejor, lo han comprendido con igual claridad todos los pensadores que han sabido profundizar en el problema de las relaciones entre la política y la moral.

Hace casi un siglo, un concienzudo filósofo, Paul Janet, adivinando las desastrosas consecuencias que para la humanidad había de traer la absurda y patológica desvinculación entre esas dos formas de la actividad humana, se creyó obligado a escribir un tratado completo sobre las relaciones entre la política y la moral. Estudia con minuciosidad cuantas doctrinas se han verido sucediendo, con relación a este tópico, desde la antigüedad clásica hasta nuestros días, y al referirse a Maquiavelo y a la audacia con que éste pretendió despojar a la política de todo contenido ético, no disimula su alarma y se extiende en una amplia y vigorosa refutación.

<sup>95</sup> *El Universal*, 8 de septiembre de 1948.

Comienza por afirmar que la política supone la moral, práctica y teóricamente. Lo primero, porque “sin buenas costumbres y sin virtud, el Estado es imposible y perece infaliblemente”. Lo segundo, porque la filosofía moral es la única que nos puede hacer conocer la verdadera finalidad de la filosofía política.

Claro que el Estado —agrega— no ha sido instituido precisamente para hacer reinar la virtud, ya que son otras instituciones las que toman sobre sí esa magna tarea. Pero no es menos cierto que sin virtud zozobran los Estados.

“Suprimid por un instante la buena fe, el valor, la equidad, el amor patrio, y veréis lo que llegará a ser un Estado privado de toda esa fuerza moral. En los magistrados nada puede igualar a su integridad, al amor a su profesión, al celo del bien público. ¿Crearías inspectores para vigilarlos? Esos mismos inspectores tendrían necesidad de ser virtuosos para no convertirse en cómplices de los vigilados. Conceden a un solo hombre el poder soberano, y ese privilegiado necesitará una virtud sin límites para suplir todas las virtudes de que carezcan los demás.”

Y, sin embargo, tal parece que en nuestros tiempos hay el propósito de relegar la virtud a un plan secundario. “Ahora no se oye hablar más que de leyes económicas, sociales, políticas, y son contados los que se cuidan de recordar esta vieja máxima: “la virtud salva los Estados y la corrupción los pierde”.”

Si esto sucedía ya a mediados de la pasada centuria, ¿qué podremos decir de la época presente, corroída hasta la médula por la obsesión económica, por el ansia de dinero, por el culto al placer, por el materialismo más crudo, en la teoría y en la práctica?

Para muchos de nuestros contemporáneos, influidos por la tesis malsana del materialismo histórico o del estatismo neopagano, el Estado sólo tiene una norma: realizar cuanto conduzca al acrecentamiento de su poder, sin que deba preocuparse por los derechos que haya que aplastar, por los tratados o compromisos que haya que barrer, o por la ajenas prerrogativas o soberanías que la estorben. Lo único importante para el Estado consiste en atender de modo ilimitado al desarrollo de su poder, así en las relaciones internas, abarcándolo todo, desde la economía hasta la influencia espiritual, como en el dominio externo que hay que hacer valer sobre la mayor suma posible de naciones tuteladas y de territorios sujetos al propio control.

Es así como el divorcio que empezó a establecerse entre la política y la moral, ha llegado a invadir también el campo del derecho.

Este último deber declara, según hoy se piensa, su autonomía y su independencia absoluta con relación a la ética y a las demás disciplinas. Actos que la moral repudia, son para algunos juristas indiferentes y hay que dejarlos pasar de largo, sin castigo ni sanción. En esta categoría de actos que no deben ser objeto de sanción penal, colocan algunos el aborto, el adulterio y qué se yo cuántas cosas más...

Contra esa perniciosa doctrina de la disgregación del acto humano y de la ruptura de su unidad íntimamente comprensiva y armónica, se pronuncia, indignado, nuestro inteligente amigo Chávez Hayhoe, quien en interesantísimo artículo publicado hace poco por EL UNIVERSAL, no vacila en señalar como uno de los orígenes de la devastadora crisis contemporánea, esa tendencia a mutilar al hombre, despojándolo de sus atributos esenciales para sólo conferir valor a cualidades y esfuerzos que en todos sentidos son secundarios.

“Parece que tenemos el intento deliberado de revertirnos contra nosotros mismos: los intereses económicos antagonizan crudamente con los morales; ansiamos la libertad, y cuanto hacemos la reduce, esclavizándonos a nuestras propias obras, que presuntuosamente creímos nos salvaría de la miseria. La moneda, la máquina, los regímenes políticos y tantas otras cosas, no son en la civilización moderna, sino grilletes que nos atan... La ciencia, único aspecto del actual progreso, se vuelve como airada contra nosotros y nos pone en las manos medios inicuos de destrucción, haciendo aún más ostensible la desarticulación del acto humano en sus diversas expresiones del derecho, la moral y la economía, disipando los sueños de nuestros abuelos, que creyeron que la ciencia sería la liberación humana.”

Ante ese espectáculo de la mutilación de la conciencia y del cercenamiento de los móviles más altos de la conducta humana, debemos reaccionar los que por nuestra edad o nuestra experiencia nos damos cuenta del peligro.

Sin importarnos las críticas de los unos, la sonrisa o la indiferencia de los otros, debemos a toda hora insistir en que hay que devolver su unidad a la concepción de las actividades humanas, no dividiéndolas en exclusivamente políticas, secamente económicas o fríamente jurídicas, sino impregnándolas a todas de un contenido moral y plenamente humano.

O dicho de otro modo, debemos insistir sin cansancio en la necesidad de humanizar el derecho, la política, la economía y las ciencias todas, para que en lugar de atomizarse o esterilizarse en frías e incompletas especializaciones, concurren todas, en un esfuerzo de conjunto, a realizar plenamente la liberación del hombre y la regeneración de la humanidad, presa

hoy de la codicia, de la envidia, de la concupiscencia y de esa sed de dominación y de placer, de expansión y de libertinaje, que no reconoce valladar ni límite.

Hay que volver, en una palabra, por los fueros de la moral, estúpida-mente desterrada de múltiples esferas de la actividad, privada y pública, nacional e internacional.